

KATE BRIGGS



ESTE PEQUEÑO ARTE

TRADUCCIÓN DE RODRIGO OLAVARRÍA

EDITORIAL RONEO

—

AGOSTO DE 2022

SANTIAGO DE CHILE

This little art
Kate Briggs



© Editorial Roneo
© Kate Briggs
© De la traducción, Rodrigo Olavarría
Primera edición: agosto de 2022
Publicada en acuerdo con Fitzcarraldo Editions

ISBN 978-956-6152-01-9

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
sin la autorización de los editores.

Diseño de portada: Andrés Tapia Núñez
Diagramación de interior: María José Mejías S.

Edición a cargo de Nicolás Vargas
Corrección: Roberto Santander

Este proyecto ha sido financiado por el Fondo Nacional
de Fomento del Libro y la Lectura, Convocatoria 2020.



Editorial Roneo
Jorge Washington 325, Ñuñoa
www.roneo.cl | info@roneo.cl

Santiago de Chile

ÍNDICE



DRAGONÉS	9
NO HAGAS TRADUCCIONES	29
ASPIRANTE A ESCRITORA	83
Y TODAVÍA NADA DE LLUVIA / ROLAND BARTHES RIMA CON	145
TRADUCTORA AMATEUR	171
HACEDORA DE TOTALIDADES (DIGAMOS DE UNA MESA)	195
QUE SE NIEGA A DEJAR IR SUS TRADUCCIONES HASTA SENTIR QUE ELLA MISMA ESCRIBIÓ LOS LIBROS (O LA TRADUCCIÓN Y EL PRINCIPIO DE DELICADEZA)	277
FUENTES	329
AGRADECIMIENTOS	361

ESTE PEQUEÑO ARTE



DRAGONÉS



Es la Noche de Walpurgis en el sanatorio y Hans Castorp, el héroe de *La montaña mágica*, se siente acalorado y temerario por el ambiente de carnaval. Detrás de él, a poca distancia, en la entrada del pequeño salón, está Frau Chauchat. Lleva puesto un deslumbrante vestido de seda oscura y delgada.

¿Era negro? Probablemente.

O, como mucho, negro con reflejos marrones dorados.

El vestido tenía un cuello modesto, redondo como el de una colegiala. Apenas abierto como para mostrar la base de su garganta. O las clavículas. O bajo el delicado borde de su cabellera, el hueso algo prominente de su nuca.

Pero siempre dejando a la vista los brazos desnudos hasta los hombros.

Brazos tan suaves y carnosos.

Tan frescos e increíblemente blancos, contrastados con la oscura seda del vestido.

Con un efecto tan cautivante que Hans Castorp solo pudo cerrar los ojos y murmurar en lo más profundo de sí: “¡Dios mío!”.

Alguna vez tuvo una teoría sobre esos brazos. Pensó, al conocerla tras el velo de una delgada gasa, que su atractivo irracional e indescriptible se debía solo a la gasa. A la “ilusión”, como decidió llamarla. ¡Tonterías! La pura, acentuada y cegadora desnudez de esos brazos

era una experiencia tan intoxicante comparada con la anterior que no le dejó más recurso a nuestro hombre que agachar la cabeza para susurrar, otra vez, sin voz: “¡Dios mío!”.

Luego, agitado por el tonto drama de un juego de dibujos, irá directo a ella y audazmente le pedirá un lápiz.

Ella se queda ahí de pie, con su gorrito de papel de cotillón, mirándolo de arriba a abajo.

“¿Yo?” preguntará ella. “Quizás tengo, déjeme ver”.

Finalmente, ella sacará un lapicero de lo profundo de su cartera de cuero: un pequeño lapicero de plata, delgado y frágil, que apenas sirve para escribir.

“Voilà”, dirá ella, sosteniéndolo frente a él desde la punta, entre el pulgar y el índice, girándolo ligeramente de aquí para allá.

Porque ella no se lo entregará del todo, porque ella se lo dará y lo sostendrá, él deberá tomarlo, por así decirlo, sin recibirlo: es decir, él estirará su mano, listo para sujetar el delicado lapicero, pero sin tocarlo en realidad.

“*C'est à visser, tu sais*”, dirá ella. Tienes que desatornillararlo.

Y con las cabezas inclinadas sobre el lápiz, ella le enseñará el mecanismo. Será bastante común, una pequeña y dura aguja de plomo, probablemente sin valor, que asoma al girar un tornillo.

Se quedarán así, inclinados el uno hacia el otro. El tieso cuello de su traje de noche le permite a Castorp apoyar su barbilla.

Ella le hablará en francés y él la seguirá.

Él le hablará en francés algo incómodo, tanteando el sentido.

Un poco después ella le dirá, un poco exasperada y ya más impersonal: “*Parlez allemand s’il vous plait!*”.

Y, en la copia de la novela que tengo abierta junto a mí mientras leo y escribo, Hans Castorp responde en inglés. Clavdia Chauchat ha sido enfática al pedirle, en francés, que le hable en alemán, pero yo leo su respuesta en inglés. Por supuesto que está en inglés. Es una cosa peculiar de todos los días: estoy leyendo *La montaña mágica* en la traducción de Helen Lowe-Porter, publicada en 1927. Una novela ambientada en lo alto de los Alpes suizos, uno de los aportes fundamentales de Alemania a la literatura europea moderna (eso dice la contratapa de mi libro) pero aquí todos actúan e interactúan (no siempre, pero casi siempre) en inglés. Y yo les sigo la corriente. En serio. Por supuesto que le sigo la corriente. Acepto esos términos voluntariamente. De hecho, los acepto gustosa y de forma absoluta. Porque sé que en francés, pero no en alemán (miro mis estanterías: también, no en italiano y no en noruego, no en japonés, no en español, ni en danés ni en coreano, y así con toda otra lengua) sé que así es cómo se presenta la escritura:

Un modesto muchacho llamado Hans Castorp viaja de Hamburgo, su ciudad natal, a Davos-Dorf. Cuando el tren se detiene, en una pequeña estación en medio de las montañas, se sorprende al escuchar la familiar voz de su primo: “Hola”, dice Joachim, “¡ahí estás!”.

Roland Barthes se acerca al micrófono el 7 de enero de 1977. Es el día de la conferencia inaugural, la primera desde que asumió la Cátedra de Semiología Literaria del Collège de France. Hacia el final de su discurso hablará de *La montaña mágica* de Thomas Mann y de la extraña edad de su cuerpo. De cómo se hizo consciente, mientras releía la novela unos días antes, de que la tuberculosis que tuvo cuando joven no puede haber sido la misma versión curable de la enfermedad así como era descrita, hasta el último detalle, la enfermedad de esa novela ambientada en 1907. Barthes hablará de su redescubrimiento de la novela de Mann días antes (mientras preparaba las clases de un curso sobre cómo vivir juntos que empezaría a dictar la semana siguiente) y de darse cuenta, muy de repente y con cierta sorpresa (el tipo de aturrida perplejidad dice que solo puede producir lo obvio), de que esto hacía de su cuerpo una entidad histórica. De cierta manera, contemporáneo a Hans Castorp. Un sujeto mucho más viejo que él ese día de enero, en que contaba sesenta y un años. ¿Qué hacer? Esa es la pregunta que la conferencia se propone plantear. ¿Qué hacer en este cuerpo viejo e inoportuno (ahora, en este nuevo ambiente, en este nuevo escenario) en lo que llamará la nueva hospitalidad del Collège de France? La respuesta que ofrecerá será: olvidar. Olvidar y ser llevado hacia delante por la fuerza del olvido, que es la fuerza que inclina hacia delante a todo ser viviente: olvidar el pasado, olvidar la edad y marchar adelante. Es decir: empezar de nuevo. Incluso: nacer de nuevo. Dirá algo así como “Tengo que hacerme más joven de lo que soy” en alguna parte de la conferencia. “Tengo que lanzarme a la ilusión de que soy un contemporáneo de los jóvenes cuerpos aquí presentes”. Y, ahí mismo, frente a esos jóvenes cuerpos y sus miradas, iniciar “una nueva vida” con nuevas preocupaciones, nuevas urgencias, nuevos deseos. Ya habrá dicho: “Sinceramente creo que en el origen de una enseñanza como esta siempre debemos ubicar una fantasía, que puede variar de año en año”.